

# Razones del corazón

Un breve ensayo sobre los orígenes del estado consciente

José María  
Delgado García

Cada vez que veo *Pasión de los fuertes* ("Oh! My Darling Clementine", de John Ford) el sheriff siempre termina por preguntarle al camarero: "Y ¿usted no ha estado nunca enamorado?", a lo que el camarero inevitablemente responde: "No, yo he sido barman toda mi vida". Siempre nos gusta oír que el corazón tiene razones que la razón no alcanza a comprender, suerte de diálogo imposible entre cigarra holgazana y hormiga hacendosa. A veces, cansado de lo razonable alguien se suelta la melena y comienza a funcionar de acuerdo con sus deseos internos; también puede ocurrir que se simule aquello que no se siente. Lo dicho sugiere la existencia de una esquizofrenia básica entre sentimientos y razonamientos; al menos, siempre se ha pensado que es así. Pero curiosamente, ahora se empieza a aceptar en los ámbitos científicos dedicados al estudio de la función cerebral que el origen de la conciencia puede estar ligado precisamente al desarrollo de nuestro mundo interior emocional donde se rumian y deciden estrategias comportamentales según nos fue en situaciones anteriores. El fracaso en la realización de una tarea requiere una elaboración interna para que en el próximo intento todo salga mejor. Por su parte, el éxito nos llena de satisfacción, porque al tiempo nos indica el camino a seguir y eso confiere seguridad. Así, desde el punto de vista evolutivo, el nacimiento de la conciencia pudo estar ligado al uso por determinadas especies de primates de mecanismos cerebrales de elaboración de proyectos no inmediatos que tuviesen en cuenta el resultado (favorable o desfavorable) de enfrentamientos previos con congéneres, presas, o con el mundo físico que les rodeaba.

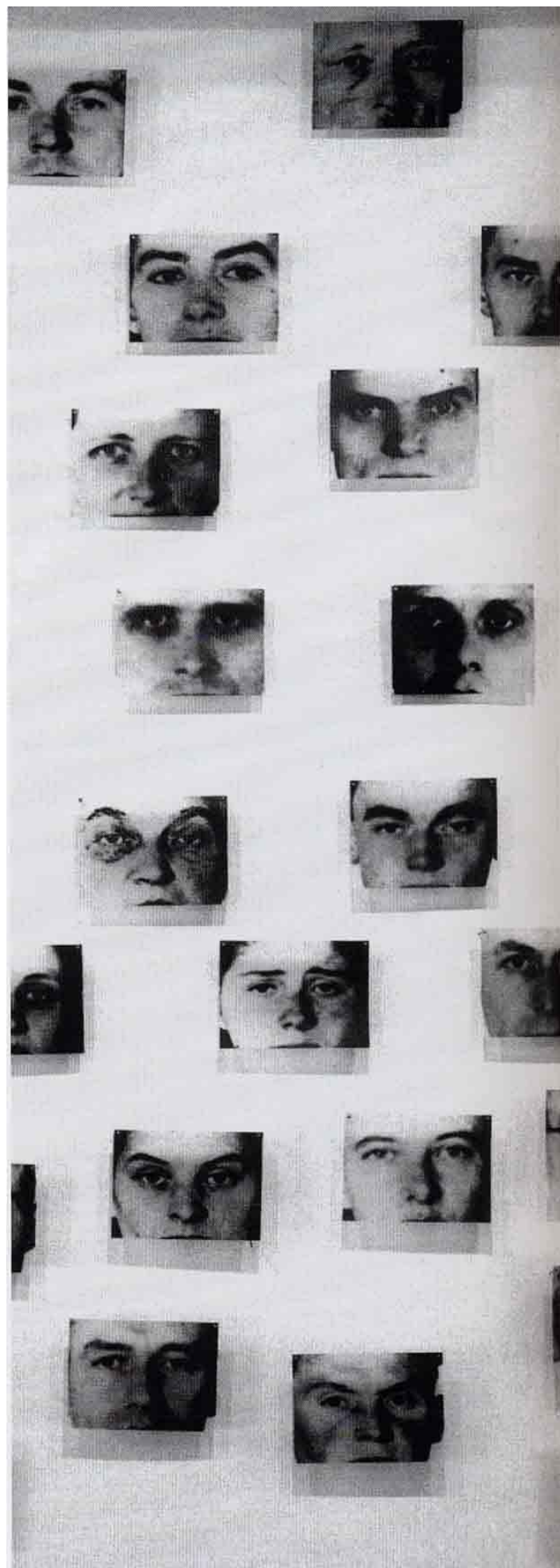
Además, nuestro yo interno no sólo sufre o se altera por circunstancias externas ("quiera el cielo que el hambre *también* se quite con sólo



frotarse la barriga" parece que se lamentaba Diógenes), sino que necesita perentoriamente ser oído en su relato: "Me dice, con expresión de descontento, que no debo estarle preguntando siempre de dónde viene esto y esto otro, sino dejarla contar lo que tiene para decirme", cuenta Freud de una de sus pacientes. Es decir, nuestro cerebro no sólo genera su percepción particular del mundo, sino también la necesidad de contarla, aunque —¡qué más da!— no sea correcta del todo.

Apunta Schrödinger que "nuestra vida consciente es necesariamente una lucha continua contra nuestro ego primitivo". Lo que no está almacenado en estructuras y circuitos funcionalmente definidos (actos reflejos, patrones fijos de acción, generadores centrales de pautas, etcétera) está archivado en nuestro cerebro en forma de deseos, de motivos. Sabemos que nos gustan las fresas, la canción el mar, pero ya no sabemos por qué. Lo aprendieron nuestros antecesores y una vez aceptado como útil quedó como manantial de nuestro comportamiento, pero fuera de la esfera de lo consciente. Para Schrödinger, la tarea consciente, limitada como es, se concentra en los problemas por resolver. Es el punto de vista del que mira a la vez dentro y en los alrededores. Pero hay otros puntos de vista.

Sigmund Freud buceó en nuestro interior y encontró dos motivos cruciales para la acción: libido y agresividad. La libido mueve al individuo en formas más o menos enrevesadas hacia sus congéneres y, en circunstancias normales, tiene una satisfacción gratificante para el individuo y no lesiva para el resto. La agresividad es otro cantar, porque la única manera (civilizada) de satisfacerla es a través de la cultura. Aunque se produzca el choque anticipado por Schrödinger, no creo que nadie haya encontrado todavía mejor solución, por débil que ésta sea. Pero de ahí a la renuncia a pensar, a satisfacer nuestros deseos, a elaborar nuestra interpretación de la realidad, según esa debilidad consustancial con la cultura (más cuanto más limitada), va un enorme trecho. La hipótesis del pensamiento único hace innecesario el elevado número de participantes, a no ser que se les requiera para obtener algo de ellos (trabajo, presencia testimonial). Con poder pensar ligeramente distinto es suficiente para cada uno, ya que su carga genética y su realidad social a eso lo conducirán en condiciones normales.





El concepto de neurona, el principio de indeterminación, la teoría de la relatividad fueron resultado de actividades ligeramente distintas en cerebros ligeramente distintos también. Sólo la libertad de pensar puede mejorar la situación cultural, puesto que el entendimiento parece el único medio irrefragable para dominar los deseos contrapuestos, algo que —a la vista está— nunca ha conseguido la represión física, moral o intelectual. Incluso suponiendo que en una sociedad se alcance el nivel de subsistencia, la falta de desarrollo intelectual hará que no tengan fácil reconducción los deseos insatisfechos. Puestos a enseñar Humanidades —nada más humano— habría que enseñar a pensar.

Las cosas han de ser claras. La hermenéutica puede ser útil para descifrar los elaborados códigos de los espías, para interceptar los mensajes que nos envían los astros, incluso para iluminar los oscuros libros de Jean Piaget o de Jacques Lacan, pero a los seres humanos, e incluso a diversas especies próximas, es más conveniente acercarse provisto de una erótica. El contacto será siempre más fácil y mayor la información relevante que se obtenga. Y es que nos gustaría vivir, de ser posible, en la mente de los demás. Como en la bella imagen propuesta por Pascal, estaríamos dispuestos a ser cobardes, incluso, a cambio de que los otros nos considerasen unos valientes. Con ello cobramos una ración, no por pequeña menos importante, de pervivencia, de eternidad: es otra importante aportación de la cultura. Pues, por más que somos limitados en espacio y en tiempo, soportamos peor la segunda limitación que la primera. Compensamos fácilmente nuestra pequeñez espacial con un saber desproporcionado: por eso —de nuevo Pascal— “aun en el caso de que el universo lo aniquilase, el hombre seguiría siendo mucho más grande que aquello que lo mata”. Por el contrario, en el tiempo, todo se apiña entre el principio y el fin: “Me moriré en París con aguacero, / un día del cual tengo ya el recuerdo”, adivinaba César Vallejo.

*José María Delgado García es catedrático de Fisiología de la Universidad de Sevilla, España. Texto publicado en el Diario de Sevilla, el 18 de Mayo de 1999. Se reproduce aquí con ligeras modificaciones y con autorización del editor.*

# Evgen Bavčar

## El fotógrafo ciego



Hace algunos años, el director del Mes de la Fotografía en París, Jean-Luc Monterosso, reveló un particular gusto por la paradoja al nombrar como fotógrafo oficial de la feria nada menos que a un fotógrafo ciego. Durante todos los días que duró el evento, este singular personaje se paseaba entre las multitudes con su sombrero negro calado, su capa roja, su bastón y su cámara, haciendo lo que suele hacer en público: tomar fotos. "Soy un cuarto oscuro detrás de una máquina -dice de sí mismo- pero esta otra cámara oscura es la que puede captar cualquier exterior inaccesible a mi mirada."

Esta representación pura de la imposibilidad y la contradicción absolutas se llama Evgen Bavčar. Nació en 1946 en las montañas de Eslovenia. A los diez años, la rama de un árbol le golpeó la cara, a consecuencia de lo cual

perdió el ojo derecho. Un año más tarde, un pequeño objeto de metal en el suelo despertó su curiosidad. A pesar de estar familiarizado con todo tipo de armas, como cualquier hijo de la posguerra, nunca había visto con anterioridad una mina. La tomó en sus manos y mientras jugaba con un martillo la mina explotó, hiriéndole el ojo izquierdo. Lentamente esta vez, durante casi seis meses fue perdiendo poco a poco la vista de su único ojo hasta llegar a no poder distinguir ni siquiera la luz. Durante estos meses, en un hospital de Liubliana, devoró libros sin descanso. En su memoria perviven imágenes heterogéneas que vio en los periódicos: Krushev, Eisenhower, Sofía Loren, Brigitte Bardot, la Mona Lisa, el Everest o la basílica de San Pedro. A lo largo de estos breves y ansiosos meses, antes de la oscuridad definitiva, su

familia se esforzó en mostrarle la mayor información visual que pudo.

En 1972, gracias a una beca para estudiantes extranjeros, pudo ir a París para estudiar filosofía. Curiosamente escogió la rama de Estética. Un amigo le persuadió para que estudiara esta materia. Le hizo observar que había estado en la confluencia entre dos mundos, dado que en su niñez aun podía ver. "Yo poseía un espejo del mundo dentro de mí, y esto era una experiencia nada desdeñable". Cuatro años después, Bavčar realizó un programa de radio para France Culture que se titulaba *La pintura de los ojos cerrados*. Su figura empieza a despertar interés gracias a un programa de la televisión francesa dedicado a su vida y a su obra; Thomas Soriano decide, después de haberlo visto, preparar su primera exposición en la Galería Finnegan's de Estrasburgo.